

Bajo otra firma

Teresa Benítez Chacón

—Niña. ¿Por qué lloras como una magdalena?

—Abuela... déjame. No quiero hablar.

—No hace falta. Ya me lo ha dicho tu madre. Yo también lloré así una vez.

—¿Por el abuelo?

—No.

La chica alzó la mirada, sorprendida.

—¿Cómo que no?

—¿Te crees que solo conocí a tu abuelo? Yo tenía tu edad. Él tenía dieciocho cuando se lo llevaron al servicio militar. Entonces era obligatorio. Solo se libraban los que tenían algún defecto... y él no tenía ninguno.

Se levantó y volvió con una caja de zapatos desgastada.

—Antes no había móviles. Nos escribíamos cartas. Eran nuestros WhatsApp.

La dejó y se marchó a la cocina.

—Puedes leerlas —gritó desde el pasillo.

Al principio, todas las cartas tenían una letra firme, sin mucha carga emocional. Era la voz de un muchacho que contaba días y que prometía volver.

Luego, de repente, las fechas se distanciaron.

La letra era distinta. Su voz también. Pero firmaba el mismo nombre.

“Tu foto estaba sujeta al cabecero de hierro de la cama. Esto es tan solitario que siempre le hablo a tu rostro cuando lo necesito. Te doy los buenos días y entonces sé que lo serán. Pero alguien ha decidido quitarte de ahí sin permiso, y ahora me siento perdido.”

La nieta tragó saliva. Todas aquellas cartas eran iguales: llenas de una intimidad que crecía en cada línea.

—¡Abuela!

La anciana apareció en la puerta, secándose las manos.

—¿Qué pasa, niña?

—¿Qué ocurrió? Estas cartas... no son iguales.

La abuela miró la caja un instante antes de sentarse.

—Lloré como tú. El primero dejó de escribir. Sin despedirse. Sin explicación.

Se llevó la mano al pecho, como si aún doliera.

—¿Y este otro?

—Empezó a escribir cuando dejaron de mirar la foto.

La nieta la miró, desconcertada.

—¿Por qué haría eso?

La abuela tardó en responder.

—Porque se aseguró de que las leyera. Era más fácil eso que empezar de cero.

Silencio.

—Era su compañero de litera.

—¿Lo sabías y no lo detuviste?

—Lo supe desde la segunda letra. Pero seguí leyéndolas. Cada día.

—Pero era una mentira.

—No del todo. Sus palabras eran reales.

—¿Y le contestaste?

Negó con la cabeza.

—A ninguna... excepto a la última. Le dije que las había leído todas. Que sabía que no era quien decía ser.

—¿Y luego?

La abuela sonrió, esta vez con una luz distinta en los ojos.

—A las pocas semanas, llamaron a la puerta.

—¿Y?

—Un muchacho. Con un manojo de margaritas. Se le quebraba la voz y no era capaz de decir ni hola.

Cogió el portafoto de la mesilla de su nieta.

—¿El abuelo?

—No lo había visto nunca antes —continuó como si le hablara al retrato—. Pero no hizo falta que dijera quién era.

Sonrió con añoranza y acarició el rostro como si pudiera sentirlo.

—El amor no siempre es quien llega primero —dijo—, sino quien decide quedarse incluso cuando no le corresponde.

Y esta vez, la nieta dejó de llorar sin darse cuenta.